

retamatch

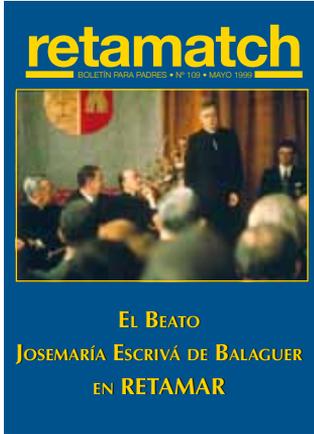
BOLETÍN PARA PADRES • Nº 109 • MAYO 1999



EL BEATO

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

EN RETAMAR



BOLETÍN PARA PADRES
Número 109
 MAYO 1999

Director:
 Luis Javier de la Vega

Composición:
 Jaime Pellico

Publicidad
 Jaime Pellico

Edita:
 Retamar S.A.
 Pajares, 22.
 28223 Madrid

Imprime:
 Gráficas De Diego
 C^{no}. de Hormigueras 180,
 nave 15. 28031 MADRID

Déposito Legal:
 A.V. 85-1976

EDITORIAL

Hace 25 años 4

OCTUBRE DE 1972

Crónica de una visita inolvidable 6
por Ignacio López-Jurado

La tertulia..... 8

Recuerdos personales..... 17
*por D. Blas Lozano, Andrés Barba,
 José Alberto Torres, Ladislao Sastre,
 Julio Gallego y Gregorio Perlado*

MAYO DE 1974

La última visita..... 23
por Ignacio López-Jurado

DE OTROS LUGARES

Respuestas siempre viejas y siempre nuevas 27

LIBROS

• **Escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer 34**

• **Biografías del Beato Josemaría..... 37**

Hace veinticinco años

Fue en abril de 1974 cuando, con ocasión de su paso por Madrid camino de América y atendiendo a indicaciones médicas, el Beato Josemaría vino unas tardes a Retamar con la intención de hacer un poco de ejercicio paseando por sus terrazas. Hace veinticinco años que estuvo aquí por última vez; hace veinticinco años que su presencia física dejó en todos los que tuvieron la fortuna de estar con él la vivencia y el recuerdo de haber pasado unas horas con un santo; hace veinticinco años que sus ojos miraron el Colegio, que sus consejos fueron para mejorarlo y sus palabras de aliento se dirigieron hacia las personas que trabajaban en él.

Ha pasado el tiempo. El Colegio ha crecido; sus instalaciones van completándose con arreglo a las nuevas necesidades que se plantean. En el breve altozano sobre el que se levanta, el terreno –antaoño seco, apenas verdecido por tomillos y retamas– ha dejado paso a un jardín frondoso, perfectamente cuidado, en el que conviven más de 150 tipos de árboles y plantas. Todos los días del curso dos mil y pico alumnos de las secciones de día y tarde cruzan las puertas de los distintos

edificios para beneficiarse de un plan educativo que trata de abarcar todos los aspectos de la persona. Pero esta labor con los alumnos es posible gracias a otra, previa e intensa, realizada con los padres y los profesores; el mismo Beato Josemaría estableció las prioridades: **«...en el Colegio hay tres cosas importantes: lo primero los padres; lo segundo, el profesorado; lo tercero, los alumnos. Vuestros hijos –no os ofendáis– están en tercer lugar. De esta manera marcharán bien.»** (De la tertulia en Retamar el 28 de octubre de 1972). Y así ha sido desde el principio, desde los tiempos en que un solo edificio remataba el breve altozano apenas verdecido.

Retamar, como obra corporativa de la Prelatura del Opus Dei, trata de vivir a diario el espíritu transmitido por el Beato Josemaría. Cuando las personas que forman parte del Colegio –padres, profesores, empleados y alumnos– aprenden a santificar el trabajo, le dan la importancia debida a las cosas pequeñas y ponen el esfuerzo cotidiano en la adquisición de virtudes que llevan a ser desprendidos y generosos, a ser veraces, a sacrificarse por los demás prestándoles ayuda con sentido solidario, a vivir la austeridad con auténtico sentido de pobreza,... entonces, sólo entonces, van a encontrarse de manera permanente con las enseñanzas y el ejemplo del Fundador del Opus Dei. Sin él el Colegio carecería de sentido y la educación impartida –incluso en el supuesto de tener prestigio académico– se vaciaría de contenido. **«Sólo te preocupas de edificar tu cultura –Y es preciso edificar tu alma. –Así trabajarás como debes, por Cristo...»** (Camino 347).

Hoy, concluyendo la postrer etapa del segundo milenio, cuando la fuerza del futuro –pujante y atractivo como todo lo nuevo– conlleva deseos ingenuos y atropellados de atravesar cuanto antes la barrera del 2.000, las palabras del punto primero de Camino acuden a nuestra memoria con la fuerza de lo imperecedero, con la osadía que emana de la verdad: **«Que tu vida no sea una vida estéril. –Sé útil. –Deja poso. –Ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor...»** (Camino 1).

A los que formamos en la actualidad parte del Colegio y a los que todavía encuentran aquí el calor y el cariño de su época de padres o estudiantes, nos queda el privilegio sensible de andar por los mismos lugares que él lo hizo y revivir en la imaginación de cada uno aquellos paseos en su amable y familiar compañía.

Crónica de una visita inolvidable

En octubre de 1972, estuvo el Beato Josemaría en Retamar y tuvo una tertulia con padres de alumnos y profesores.

Nos lo cuenta Ignacio López-Jurado, director del Colegio en aquellos momentos.

Llegó en coche por la puerta principal del Colegio. Se detuvo en el porche de vestuarios, subió las escaleras, junto a la actual Secretaría, y entró en el edificio central por la planta baja, hasta el ascensor. Subió a la primera planta y desde allí pasó al porche de comedores.

Los pormenores de la narración, su minuciosidad descriptiva, sirven para situar-

nos históricamente en aquellos momentos inolvidables. Ello nos sirve para sentir la emoción de la visita del Beato Josemaría simplemente acompañándole por los mismos tránsitos y escaleras que hoy recorreremos; de esta forma su presencia se hace realidad cada día.

Recorrió este porche hasta la Residencia y, atravesando el vestíbulo, pasó al oratorio. Hizo todo este trayecto con rapidez, saludando a las personas que le presentábamos D. Florencio (el entonces Vicario de la Prelatura en España) o yo. Se fijó con cierta atención en el cuadro que había entonces como retablo –un descendimiento– pero no dijo nada.

Después quiso pasar, acompañado de D. Álvaro, a estar unos minutos con sus hijas encargadas de la Administración de la Residencia. Al salir comentó la conveniencia de que les consiguiéramos un coche para que pudieran ir y venir a Retamar sin tanta dificultad, pues entonces los transportes públicos no eran ni buenos ni frecuentes.

De nuevo en el vestíbulo, le hizo un comentario a César Ortiz Echagüe, que éste nos transmitió al día siguiente, acerca del repostero que allí había: que se corrigiese el nombre en latín de uno de los meses del año, pues había una errata. Salió al porche nuevamente para dirigirse al Salón de Actos de entonces, donde se iba a celebrar la tertulia. Antes de llegar a él, se interesó, mirando a los terrenos del Colegio, por los límites del mismo; se los señalamos, y comentó que deberíamos acabar su construcción cuanto antes.

Su interés por todo lo que tuviera relación con el trabajo y la vida de sus hijos –incluso los pequeños detalles materiales que a cualquier otra persona hubieran pasado inadvertidos– ha sido siempre un constante estímulo para hacer las cosas bien.

Entró en el Salón de Actos y se acercó al escenario, adornado con un gran repostero con el escudo de Retamar. Antes de subir a la tarima, Andrés Barba le colocó el micrófono y recibió emocionado un abrazo del Padre.

Terminada la tertulia, salió al porche y lo recorrió en sentido inverso al anterior, bajó las escaleras hasta el porche de vestuarios donde le esperaba el coche y se despidió, entre la emoción y el cariño de todos.



La tertulia

El comienzo de la esperada tertulia revistió especial emoción. El Padre entró en el Salón de actos saludando a los presentes al tiempo que sonreía. Luego, de pie en el centro del estrado, esperó a que se hiciera el silencio...

Veo que estamos en familia. ¡Da gusto! ¿Cómo os las componéis, en Madrid, para que yo vaya diciendo todos los días que muy bien? ¡Muy bien! Mira cómo se ríe Íñigo... ¡Claro!: lo hacéis bien y tengo que reconocerlo. ¡Sois estupendos! Aquí, en este Centro, vais a realizar muchas cosas buenas; las estáis llevando a cabo desde el principio, con la ayuda del Señor.

La primera cosa buena es que los padres respondáis. Porque en el Colegio hay tres cosas importantes: lo primero, los padres; lo segundo, el profesorado; lo tercero, los alumnos. Vuestros hijos –no os ofendáis– están en tercer lugar. De esta manera marcharán bien.

Pero, sermones, no; es inútil soltar sermones. ¿Queréis que tengamos un rato de conversación? Señalad vosotros los temas; tocad lo que os dé la gana, y hablamos.

En la manera personalísima que tenía el Beato Josemaría de comenzar las tertulias, las variadas y breves introducciones tenían



siempre un sentido positivo, realista y alegre, que inspiraba de inmediato bienestar y confianza.

es una joya que el Señor te ha puesto en las manos, porque ha tenido mucha confianza en tu mujer y en tí. De modo que colabora con Dios, para que esa joya luzca y brille.

LA FORTALEZA ES PARTE DEL AMOR

Alguien pregunta:

–Padre, cuando yo hablo con el Señor de mis seis hijos...

–¡Qué buena conversación!

–... trato de preguntarle cómo compaginar mi cariño hacia ellos con la necesaria fortaleza. ¿Hasta dónde me debo dejar llevar por el cariño?

–El cariño no tiene límites. Cuando hay fortaleza, hay también cariño, porque la fortaleza es parte del amor. ¿De acuerdo? Y luego, no puedes tratar a todos los hijos de igual manera, cada uno es distinto, cada uno

La tertulia ha comenzado, la atención es máxima; las caras reflejan la emoción de vivir unos instantes que –todos son conscientes– serán históricos y esenciales en sus vidas y en la trayectoria de Retamar.

EL VALOR DEL EJEMPLO EN LA VIDA DE PIEDAD

La voz de una madre se alza desde algún lugar del salón:

–Padre, ¿cómo poner en práctica el Rosario en familia, ahora que los hijos están tan difíciles...?

–Los hijos han estado siempre difíciles, a no ser que tú hayas sido una excepción y

hayas sido buenecita, buenecita... A mi, la verdad, me costaba rezar el Rosario cuando era pequeñín. Pero las mamás, como sois muy listas, hacéis rezar un avemaría, o dos o tres, y basta. Es muy buena costumbre. Luego, cuando los niños van creciendo, poco a poco llegan a ser más o menos piadosos. Pero tú no les obligues a nada; que te vean rezar a ti.

–Lo rezaré sola.

–*No, no rezas sola; además, tendrás siempre una persona con quien rezar en tu hogar.*

–Con mi marido.

–*Muy bien, maravilloso. ¡Fíjate qué bien! Eso lo he visto yo hacer y se me ha quedado en el corazón. De modo que cuando tus hijos lleguen a mi edad –que no es una edad propecta: tengo sólo siete años– se acordarán con cariño de su madre, que no les obligó más que con el ejemplo, con una sonrisa, y dándoles la doctrina cuando era conveniente, sin darles la lata. ¿De acuerdo?*

Además, no tratas de igual manera a todos los hijos, porque, si no, serías injusta. La justicia de las madres –lo escribía este hijo mío, don Álvaro del Portillo, en una revista de la Congregación de Seminarios– está en tratar de modo desigual a los hijos desiguales. ¿No es verdad?

–Sí, Padre –responde D. Álvaro

En el interior de cada uno una reflexión, una pregunta: ¿mis hijos me ven rezar?

FEMINIDAD Y ELEGANCIA

Pregunta otra señora: ¿Cómo podemos

hacer ver a nuestras hijas que la feminidad no está reñida con la modestia?

– *Primero, con tu ejemplo. Si tú vistes con modestia y elegancia, tu marido estará muy contento y te querrá mucho. Y eso ya arrastra. Después, hazles presente que no logran nada pareciendo un escaparate lleno de los elementos de una carnicería. Las mujeres que van así, dan un poquito de asco; perdonadme que lo diga. Y, además, los chicos están ya hartos de tanta exposición. Y cuando no lo están, peor, porque luego tenéis que ir corriendo a la sacristía, a arreglar las cosas... ¡Es horrible! Pero vamos a dejarlo estar.*

Pon a tus hijas el ejemplo de la Santísima Virgen. Coméntales que están muy guapas cuando van más modestas. Luego, tenéis que decidiros a hacer una labor internacional en el mundo de la moda, para que los criterios cristianos estén más presentes. Porque, además –dicho sea de paso– con esas faldas tan cortas, os hacen ir ridículas. Es algo horrible: de cada dos mil mujeres, sólo una puede resistir eso; las demás dan risa.

FIDELIDAD A LA DOCTRINA

Cerca del estrado, alguien pregunta: Retamar es una obra corporativa del Opus Dei...

– *Es una obra corporativa del Opus Dei, pero la hacéis vosotros.*

– ...*Quisiéramos que nos dijera usted las características más importantes de una obra corporativa.*

– *¡Fidelidad a la doctrina! Eso es lo primero. Profesamos la doctrina que la*

Iglesia ha mantenido siempre y en todas partes; la que han creído siempre los fieles de la Iglesia. No nos turbamos por estas revoluciones y locuras que se ven y se oyen. Nos quedamos tranquilos y serenos, confiando en la providencia y en la misericordia de Dios. Pero estamos decididos a trabajar por las almas de vuestros hijos.

Por aquí hay algunos chilenos: ¡os estáis portando maravillosamente en vuestra tierra! En estos momentos en que el gobierno va incautando las escuelas, un grupo de padres y madres de familia han decidido montar unos colegios estupendos, aun cuando corren el riesgo de perder el capital que invierten, porque quieren defender a sus hijos. Defenderemos la fe de nuestros hijos—dicen—mientras podamos. Hacen bien; son heroicos.

DIOS OS QUIERE DE OTRA MANERA

Una señora: Aquí están todos hablando de los hijos. ¿Quiere decirnos algo a los matrimonios que no tenemos hijos?

—Quereos mucho, con la alegría de saber que agradáis a Dios. Si pudiera hablar con vosotros a solas, os podría indicar muchos hijos con los que podríais trabajar. Preguntad por aquí, y os darán quehacer. Veréis qué bien: haréis una labor soberana. No es que el Señor no os quiera; es que os quiere de otra manera, quizá con predilección. No sientas una especie de frustración, que no existe. Fomenta en tu alma el amor de Dios, cree en la providencia divina con tu marido y contigo. Y luego—insisto—, quiere mucho a tu marido, y que él te quiera a ti, con todo el corazón, con toda el alma.



Palabras de aliento y esperanza; de elogio al verdadero amor conyugal, generoso y limpio, independientemente de recibir de Dios la bendición de los hijos.

SENTIDO COMÚN Y SENTIDO SOBRENATURAL

– Padre, charlando el otro día con un amigo mío, me decía que tener un plan de vida es tener cuadrículado su trato de amistad con Dios. ¿Qué le puedo decir?

– Dile que él está cuadrículado, de los pies a la cabeza. Tiene la cabeza arriba y los pies abajo, ¿no?; tiene un brazo aquí y otro allá, ¿verdad?; y en cada mano cinco dedos, cada uno en su sitio... ¡Más cuadrícula que esto...!

Dile que lo que pretende es completamente inhumano, porque los hombres venimos al mundo cuadrículados, pero con una cuadrícula amplia, amiga de la libertad, que se acomoda a la vida de cada uno, aunque la actividad profesional —en algunas circunstancias— sea desordenada. Tú ya sabes cómo se implanta el orden en una vida desordenada... A un terreno movedizo, le colocas unos pivotes en el suelo, y así se puede luego construir; pues, en una vida desordenada, esos momentos fijos de trato con Dios son como los pivotes. Después, sobre el desorden, se fabrica el orden cada día, y todo sale. Pero a eso no se le llama cuadrícula, sino sentido común y sentido sobrenatural.

AMISTAD CON LOS HIJOS

– En las relaciones entre padres e hijos, hasta los diez o doce años es relativamente fácil mantener el diálogo y la amistad con ellos. A partir de esa edad,

se vuelven más retraídos, y nos es muy difícil mantener motivos de conversación con ellos... ¿Cómo se podría mantener la amistad que se ha tenido antes con los chicos?

– Me parece que tienes razón, pero quizá hay un poquito de culpa en vosotros, porque muchas veces os presentáis ante los hijos como impecables. Es muy bueno que los chicos sepan que papá, cuando tenía doce, catorce, quince años, también hacía alguna que otra tontería, pero que entonces iba a su padre —el abuelo del niño—, abriéndole el corazón, y él resolvía sus preocupaciones y le ayudaba.

Podéis exagerar un poquito en este punto, que el Señor no se enfada. Y luego, habladles cara a cara, uno a uno, con mucha confianza. Dedicadles un poco de tiempo, porque los padres habitualmente sois unos tranquilos: dejáis que las mujeres se encarguen solas de educar a los hijos, y esto es absurdo.

Ellos buscan un papá leal, un papá que les dé confianza, que incluso alguna vez les cuente los apuros y los disgustos que tiene, aunque esto habéis de hacerlo con prudencia: no se les cuenta todo, sino sólo lo que pueden resistir, sin crear odios en su corazón joven... Si los tratas así, verás cómo cambian y te hacen caso, porque te habrás hecho amigo suyo. De modo que no tienen los hijos toda la culpa: una buena parte es de los padres y de las madres, que os presentáis como perfectos y nunca lo habéis sido.

¡A ver! El que no haya dado disgustos a sus padres en esa época de su vida, que levante la mano. Yo no la puedo levantar —dice retirando sus manos tras la espalda

con un gesto gracioso—. **Yo también les he dado disgustos.**

Encomiéndalos a la Santísima Virgen, sé muy amigo de San José, que lo hizo muy bien como padre, y verás cómo salen las cosas. Después, ten devoción también a los Ángeles Custodios de tus hijos. Y si hacen una barrabasada, nada de gritos, que así no arreglas nada. Mientras no estés sereno, no te has enterado. Puedes ir arreglando el asunto sin que el chico lo sepa. Pero, una vez sereno, lo tomas a solas, le hablas como a un hermano, no como a un hijo, y verás cómo él se sentirá hijo. Sé que es difícil. Por eso tienes que encomendarte al Señor y a su Madre, y buscar la complicidad de los Ángeles Custodios.

Además, viniendo por estos Centros del Opus Dei, os es muy fácil hablar con el Director, o con el sacerdote, o con quien sea, para exponerles el asunto. Habrá amigos de vuestros hijos, con la misma edad de ellos, más o menos, que no pasan en aquel momento por esas circunstancias extraordinarias de vuestros hijos, que les podrán ayudar. Así llegáis también a ellos. Parece que os estoy enseñando caminos nuevos, y todos los conocéis perfectamente.

La sencilla exposición sobre el acercamiento entre padres e hijos llega al fondo del corazón de los presentes. Muchos se preguntarán, ¡quizás por primera vez en su labor educadora!, ¿nunca disgusté a mis padres?, ¿me encomiendo al Ángel Custodio de mis hijos antes de hablar con ellos?

LA LABOR DEL COLEGIO

– En esta labor del Colegio Retamar, y en otras parecidas, ¿cómo podemos cola-

borar mejor los padres con los profesores?

– **¿Por qué no lo preguntas aquí, a los que trabajan en este Centro? Pregúntaselo a solas, y después en público. Tú podrás echar leña al fuego, para que los demás se enteren.**

- Padre, el otro día, una cría pequeña mía, me dijo: pero bueno, papá, ¿Retamar es para mis hermanos o para ti?

– **¡Ah! Primero para ti, y después para tus hijos. Dale la respuesta clara. Primero es para ti.**

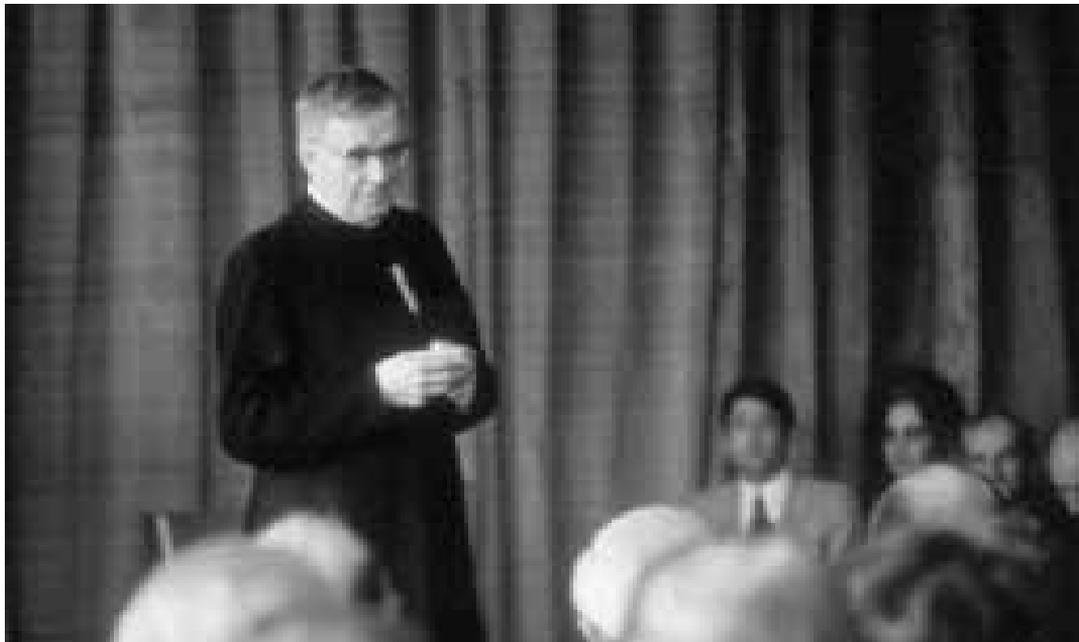
RESPECTO A LA LIBERTAD

– Tengo aquí dos hijos; el mayor tiene trece años y empezó con el Colegio, cuando esto era casi un solar...

– **Sé que aquí se ha sufrido bastante. Os bendigo por lo que habéis sufrido, a todos. Pero, sin sufrimiento, no sale nunca nada. Sigue, sigue.**

– Lleva ya bastante tiempo y ha cogido bastante bien el espíritu de Retamar. Ahora está en una Convivencia con otro grupo de alumnos. Tiene trece años. Yo tengo dos sentimientos contrarios. Por una parte, veo que es posible que se entregue a Dios, y eso me alegra; por otra parte, tengo miedo de que sea un poco joven...

– **Mira: ponte en manos de Dios y no le des facilidades. Tú puedes y debes pedir para tu hijo lo mejor, lo que el Señor quiera, pero sin darle facilidades. No quiero que facilitéis las cosas a vuestros hijos, en este terreno. Esto no es una caza de niños: es una formación de cristianos. Si Dios les**



llama, ya vendrán; yo no tengo ningún interés particular.

Pedir por los hijos, desear para ellos lo mejor, pero sin darles facilidades. Sin coacción, sin limitaciones a su libertad personal. «Si Dios les llama, ya vendrán...». Las palabras del Beato Josemaría reflejan el enorme respeto que le producía el trato con cualquier persona, fuera cual fuera su edad.

SANTIFICACIÓN DEL TRABAJO

Un profesor de Colegio ha cogido el micrófono y con serena actitud le hace al Padre una pregunta fundamental, quizás la más importante de esta tertulia.

—¿Cómo podemos hacer para que con nuestro trabajo profesional tengamos ayuda para tratar más íntimamente al Señor? Por ejemplo, yo como profesor de Retamar.

—La santificación del trabajo profesional ordinario es parte esencial de la vocación al Opus Dei y, en general, de la vocación de cristiano. Con ese trabajo, una persona se gana la vida—aunque tenga un capital—y paga los impuestos del Estado, etc. Ese trabajo profesional ha de ser santificado; y, para eso, hay que realizarlo bien, sin chapuzas ni tonterías.

Nos sirve, además, para santificarnos, porque muchas veces nos resulta pesado, no nos gusta meternos a trabajar todos los días. Sin embargo, santificándolo, cambia cada día de colorido el trabajo, se realiza con más entusiasmo, y la profesión se vuelve más bonita.

Finalmente, hemos de emplear el trabajo para santificar a los demás: a los compañeros y amigos, a personas de más edad, de la misma edad o de menos edad, a quienes quizá puedes orientar con ese

trabajo bien hecho y con la rectitud de tu vida, porque luchas como lucho yo, como luchan todos los cristianos.

Ahora se habla mucho de paz –me gusta tocar este punto siempre–, y la paz no se ve por ningún lado. Y no se ve porque no existe en los corazones. La gente no lucha dentro de sí. Yo, con la poca edad que tengo, siento que las pasiones me tiran de la ropa para abajo, y siento también que Dios me lleva para arriba. Esto lo experimentamos todos, desde que tenemos uso de razón. De modo que hay que luchar: el que no lucha va de bruces, y se convierte en una persona tirada; no le caben ya grandes cosas en la cabeza ni en el corazón. En cambio, luchando, aun cuando haya derrotas, suelen ser en poca cosa. Pero nos duelen, porque son ofensa de Dios. Y recomenzamos.

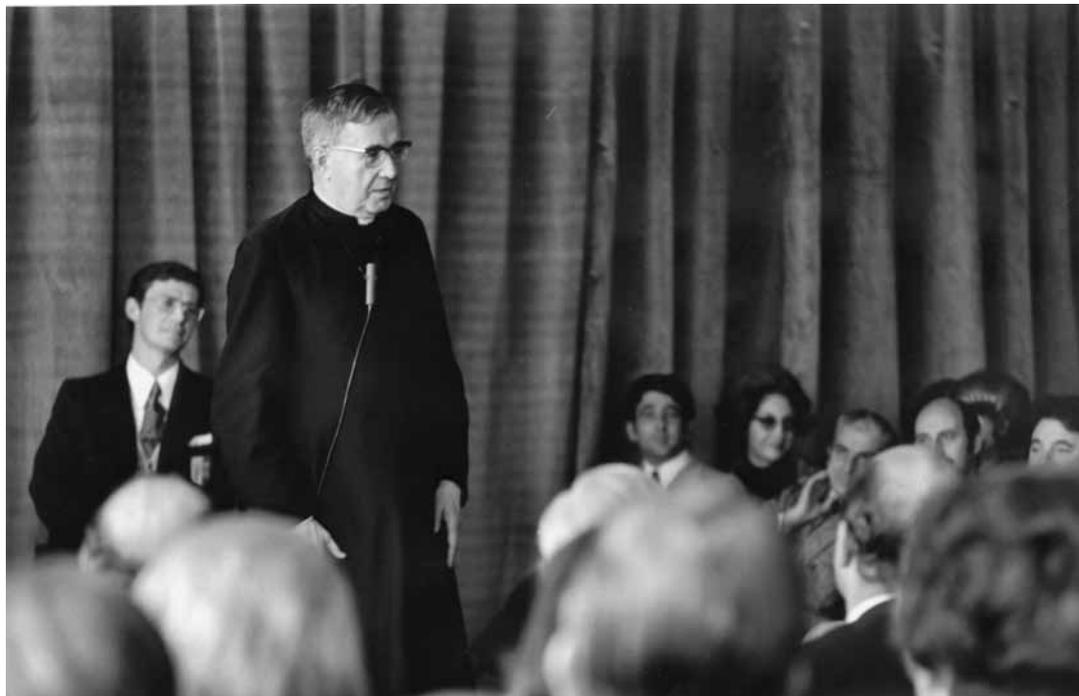
Santificas el trabajo, te santificas en el trabajo, santificas a los demás con tu trabajo, luchas interiormente. Y como vences, con la gracia del Señor, tienes la paz; y la paz lleva consigo la alegría, que es un don, un tesoro de los cristianos, y especialmente un tesoro de los hijos de Dios en el Opus Dei. ¡Fíjate qué importancia tiene el trabajo, y fíjate cómo lo puedes santificar, y cómo conviene que lo santifiques!

NO HAY RECETAS

Una madre preocupada va a lo concreto:

– Padre, ¿es bueno o es malo dar a nuestros hijos una cantidad fija de dinero para que se administren ellos y se acostumbren o es mejor darles cuando lo van necesitando?





– Yo necesitaría conocer a tus hijos, que me contaras tu experiencia. Pero aquí, en público, no es prudente que me digas esas cosas. Puede ser bueno un método, puede ser bueno el otro; de modo que no te puedo responder. Si lo hiciera, sin conocer las circunstancias concretas, no sería un hombre honrado. Tampoco es propio de un hombre honrado hacerte una especie de examen de conciencia delante de todo el mundo...

Pregúntaselo a un sacerdote de los que se sientan en el confesionario, de los que tienen la alegría de saber que son Cristo, para absolver y perdonar. Y, si frecuentas un Centro del Opus Dei, puedes pedir consejo a la Directora o a alguna de las que están preparadas para esta labor de atender vuestras conversaciones de hermanas.

La tertulia ha terminado. Don Florencio Sánchez Bella –Vicario de la Prelatura en España– recuerda al Padre que se ha hecho muy tarde, y él da por finalizada la tertulia impartiendo la bendición a todos los presentes. A continuación, añade:

– Hijos míos, que recéis por mí. Pedidle al Señor que sea bueno y que sea fiel. Es tiempo de lealtad, de rezar, de desagraciar a Dios. Es tiempo de ser leales, porque la lealtad no se encuentra apenas.

En la ovación de despedida va la promesa de lealtad que acaba de solicitar. Una gratísima sensación de paz recorre los corrillos en donde se charla alegremente tras la marcha del Padre. En el salón semivacío dos personas hablan sosegadamente: “¿Habías estado con él alguna vez? No, pero es como si le conociera de toda la vida.”

Recuerdos personales

D. Blas Lozano, sacerdote ahora, era entonces Jefe de Sección de los más pequeños.



El Padre inició su visita por la Residencia, en donde en una sencilla ceremonia consagró el altar del oratorio. Ungió el altar, depositó las reliquias, colocó el ara y roció todo con agua bendita. Mientras, recitaba las oraciones en latín que exigían las rúbricas. Don Álvaro nos las traducía al castellano al tiempo que explicaba su simbolismo.

El Beato Josemaría estaba inmerso en la ceremonia, ajeno a los asistentes (unas 20 personas), lleno de devoción, intensamente metido en Dios: rezaba de un modo palpable.

Alrededor de las 12'30 había finalizado la ceremonia y el Padre se dirigió al pe-

queño salón de actos –hoy aula de Música y comedor de profesores– mientras hacía bromas a los encargados de filmar y grabar la tertulia, que tenían sus rudimentarios equipos encima de pupitres de clase, puestos junto a las ventanas en el pasillo que va de la Residencia a la entrada del comedor. Su tono, su cara, su actitud exterior se había transformado totalmente: aparecía divertido, distendido y muy comunicativo.

Asistimos a la tertulia, que duró casi una hora –de 12'30 a 13'30– unas 150 personas: matrimonios, profesores del Colegio y personal administrativo y de mantenimiento. El tono de las preguntas fue muy cordial

y muy cercano, sobre temas de piedad, de educación de los hijos, sobre el modo de preceptuar y formar a padres y a hijos. No eran preguntas escritas, sino pensadas y dichas sin ningún protocolo. Sí había mucho cariño y mucha atención. El Padre transmitía cordialidad, sencillez, convicción, cercanía,... Apetecía preguntarle. Su cariño era tan manifiesto que uno se sentía acogido al preguntar.

Aún recuerdo muy bien la pregunta que le hice y su respuesta:

– *Padre, soy profesor de Retamar y no tengo muchos más años de los que aparento...*

– **¡Más que yo...! Sigue.**

–... *a veces, cuando hablo con los padres sobre Dios, sobre la vida cristiana, quizá no me hacen caso porque soy joven. ¿Qué puedo hacer?*

–**¿Qué edad tienes?**

–*He cumplido veintisiete años, Padre.*

–*A los veintitrés o veinticuatro comienza un sacerdote a predicar. Ciertamente, los sacerdotes tenemos gracia de Dios, y hemos hecho los estudios específicos para hablar de Dios. Pero tú, que tienes mucho cariño a Jesucristo, muy buena formación, y más años que esos sacerdotes jóvenes, puedes hablar de Dios tranquilamente y hacer más bien que un sacerdote. Porque dicen: ¿de qué me va a hablar este cura, sino de eso?*

Pero contigo se llevan una sorpresa, porque no esperan una conversación espiritual. De modo que ¡ánimo! No es cierto que no te escuchan. ¡Claro que te escuchan!

En mayo de 1974, la semana antes de su viaje por Sudamérica, entre los días 15 a 22, el Padre visitó el Colegio en varias ocasiones. Yo estaba pendiente de la entrada del aparcamiento de la Residencia.

Una de estas tardes le comentó a Ignacio López-Jurado que me agradeciera la apertura y cierre que hacía de la puerta, y lo elegante que eran la chaqueta y la corbata que llevaba ese día. Es increíble la capacidad de observación y de cariño del Beato Josemaría; aquello me llegó al alma.

El último día que vino a pasear a Retamar era martes. Cuando estaba en el garaje de la Residencia, montado en el coche, los de la casa y los que estábamos echando una mano nos acercamos a despedirle. Tenía bajado el cristal de la ventanilla y estaba sentado en la parte trasera del coche. Nos dijo: **«Rezad por mí y por los frutos del viaje** (dos días después emprendería el vuelo hacia Brasil). **Yo solo no haría nada; no me apetece hacer el viaje, pero si me acompañáis con la oración saldrá muy bien»** Y añadió: **«Cuento con vosotros»**. Todos respondimos con buen tono de voz: «Sí, Padre». Nos dio la bendición y arrancó el coche.

Era patente el abandono del Beato Josemaría en las manos de Dios, la confianza en sus hijos y la sencillez con que abría su corazón para pedir ayuda.

Andrés Barba, psicólogo, era y sigue siendo el Jefe del Departamento de Orientación Escolar.



Hacía dos años que trabajaba en el Colegio, cuando Ignacio López-Jurado nos comunicó que el Padre visitaría Retamar el sábado 28. Nos alegró y nos pusimos rápidamente en funcionamiento preparándolo todo. La tertulia sería en una sala, hoy clase de música, con capacidad para muy pocas personas. No obstante, dado el número de familias de entonces, cupimos prácticamente todos: padres, profesores y personal de servicios.

Recuerdo que amaneció el día previsto con un sol espléndido. Los profesores –entonces muy jóvenes todos– nos sentamos en la moqueta alrededor de la tarima. Esta situación, que puede parecer incómoda, era absolutamente privilegiada por la cercanía al

Beato Josemaría. Para que se le oyera bien era necesario ponerle un micrófono colgado del cuello. Javier Ayesta, para mi satisfacción, me dio el encargo de colocárselo, porque al hacerlo recibí un emocionante y fuerte abrazo del Padre.

Del contenido de la tertulia recuerdo especialmente, por la novedad que supuso entonces, el énfasis que puso, al contestar algunas preguntas, en la importancia de la educación dentro de la familia, recalcando el papel prioritario e insustituible de los padres en la tarea educativa. Para mí, fue un descubrimiento el oír que formar a los padres era el primer y más importante paso en mi labor con el propio alumno.

José Alberto Torres era el Gerente de Retamar en esos primeros años. Ahora lo es del Centro de Educación Especial «La Veguilla».



Antes de trabajar en «La Veguilla» fui gerente del colegio Retamar, obra corporativa del Opus Dei, y del colegio de educación especial «Virgen de Lourdes». Ser gerente de una obra educativa como Retamar; que entonces estaba en sus comienzos, significaba hacer un poco de todo. Teníamos un ideario, unas fuentes de inspiración, pero se trataba de hacerlas realidad en *un hoy y un ahora*: en

un lugar concreto, con unos padres, con unos alumnos, con unos retos pedagógicos determinados.

Fue entonces cuando conocí al Fundador del Opus Dei. El Beato Josemaría nos animaba a trabajar con optimismo, a no limitarnos a cumplir, sino a esforzarnos en poner amor a Dios y a los hombres en nuestra tarea profesional.

Poco después, me encontré con el proyecto de «La Veguilla»: unos padres habían creado un centro para la educación de sus hijos deficientes mentales. Pero les faltaba la orientación. ¿Y cuando salgan del colegio, qué? -se preguntaban con cierta angustia-. ¿Y cuando nosotros les faltemos...?

Había aprendido en el Opus Dei el valor santificante de todas las ocupaciones humanas nobles y su profunda dignidad, y me propuse que estas personas a las que Dios también llama a la santidad descubrieran en

sus tareas un medio para encontrar a Dios y para servir a los demás.

El espíritu del Opus Dei y las enseñanzas del Beato Josemaría me han animado mucho durante estos años, en los que no han faltado dificultades. Ahora tengo la alegría de comprobar cómo estos chicos cuidan las cosas pequeñas, tal como nos enseñaba el Fundador del Opus Dei, y veo cómo luchan por mejorar en su trabajo y en el trato con los demás, y cómo avanzan en su vida cristiana.



Ladislao Sastre era alumno de la SET el año 72. Actualmente es encargado de la Biblioteca y fotografía del Colegio.

Contaba 16 años, había oído hablar del Fundador y me había forjado la idea de un mito: alguien a quien nunca conocería, porque como tal me parecía inaccesible e inalcanzable.

Corrieron rumores de que el Beato Josemaría visitaría el Colegio y los rumores se tornaron realidad. Aquella soleada mañana de sábado, cuando hice acto de presencia en el Colegio, se respiraba el nerviosismo del gran acontecimiento que estaba a punto de acaecer. Se esperaba su llegada con un calmoso nerviosismo, se cuidaban los últimos detalles. Yo observaba con la mirada de crío en edad difícil que, a pesar de su formación cristiana, nada tiene claro e incluso hay en él un punto de agnóstico. Ignacio López-Jurado me dio un ambientador spray para perfumar el ascensor —«olor a rosas»— dada la relevancia del personaje. Metí la mano en el ascensor y terminé con su contenido. Como consecuencia al Beato

Josemaría se le acompañó al Salón de Actos por la escalera exterior. Aún hoy, después de tantos años, me da la impresión de que el ascensor sigue oliendo.

Por fin llegó el momento tan esperado. El Padre hizo su aparición en el Colegio y en lugar de explotar los nervios, con su presencia se hizo la calma. Subimos a la primera planta (¡por la escalera!) camino del Salón de Actos y dio comienzo la esperada tertulia. Recuerdo incluso algunas de las preguntas que se hicieron, y sobre todo recuerdo el cariño con que contestaba anteponiendo el “hijo mío”. Era sorprendente la energía que irradiaba a su alrededor, movimientos ágiles, mirada serena, penetrante y convincente, y una forma de hablar que te llenaba de paz e invitaba a seguir su “camino”. Quizá fue en esta tertulia donde desapareció mi punto de agnosticismo, ya que a partir de ella se reanudó el rezo del Santo Rosario en familia, una buena costumbre que tenía perdida.

Julio Gallego, entonces profesor de Primaria del Colegio, trabaja en la actualidad en el Departamento de Orientación Escolar.



El día anterior me anunciaron e invitaron a la tertulia. Fue el sábado por la mañana, día muy soleado y agradable en Madrid. Su duración aproximada fue de una hora.

Hubo un momento especialmente significativo para mí. Aquel en el que el Beato Josemaría, contestando a una pregunta, habló de la santidad en la vida ordinaria y en el trabajo profesional. En ese momento me vino a la cabeza un recuerdo de cinco años antes, de febrero de 1967: estaba en Pozalbero haciendo mi primer Curso de Retiro y conocí allí, con cierta extensión y gozo, esa idea fundamental del espíritu de la Obra: «Los cristianos pueden y deben ser santos en medio del mundo, sin abandonar su trabajo ni sus relaciones familiares y profesionales: haciendo de todas esas rea-

lidades humanas ocasión y medio para el ejercicio de las virtudes».

Ahora, en este sábado del otoño madrileño del 72, me encontré nuevamente no sólo con esa gozosa realidad, sino más aún, con el instrumento del que el Señor se valió para extenderla por todos los rincones del mundo. Me sentía un privilegiado. Así creo que salí de aquella tertulia.

Naturalmente, el Beato Josemaría trató algunos otros temas más, todos ellos estrechamente unidos al espíritu de la Obra sobre la llamada universal a la santidad.

Por cierto que fui con un compañero del Colegio, que no era de la Obra. En el regreso a casa me comentó: «*este hombre es un santo*».

Gregorio Perlado era profesor de Ciencias Naturales. Actualmente es Director Técnico del Colegio.



El Padre estaba en Madrid; ya habíamos asistido algunos a una tertulia con él en Tajamar, en concreto el día 21; pero teníamos la ilusión de que pudiera venir a Retamar, lo cual nos parecía razonable aunque no veíamos fácil que ocurriera. Cuando unos días antes se confirmó que estaría aquí el sábado 28 la alegría fue muy grande.

Yo le vi, avanzando con paso rápido, por la terraza de comedores, donde se paró un momento a saludar con mucho cariño a algunas personas. Después entró en la residencia para bendecir el altar.

Me adelanté a abrir la cancela que comunica con el Colegio y llevé un termómetro

al Salón de Actos: tenía que estar pendiente de la temperatura para evitar que hiciera demasiado calor. En él estaban reunidas unas 100 personas: padres, profesores y algún alumno; recuerdo a Federico Pérez de Castro Echevarría –sobrino del actual Prelado– al que el Padre dio un abrazo saliendo ya de la tertulia.

Durante la misma, el Beato Josemaría, contestando a las preguntas, hizo alusión a las dificultades por las que había atravesado Retamar en sus comienzos... ¡cómo lo agradecemos! Recuerdo una última pregunta de mamá Jáudenes sobre el dinero y los

hijos. También, que Blas y Augusto estaban muy cerca de él, en el borde del estrado; Augusto no llegó a hacer su pregunta, pero la mano del Padre se apoyó unas cuantas veces en su cabeza.

La salida, rápida, hacia la escalera de bajada de los porches –la única que había entonces–; con él caminábamos “Guridi” y yo: «*Mira, este es un buen sitio para las mejores fotos, porque esta escalera es muy representativa de Retamar*». Llegamos al coche, le abrimos la puerta para que entrara, se despidió y nos quedamos con su mirada llena de cariño.

La última visita

Por Ignacio López-Jurado

*E*l Beato Josemaría regresó a Retamar en 1974. Otra vez, Ignacio López-Jurado nos cuenta cómo un año antes de su marcha al cielo, el Padre pasó por el Colegio, esta vez de forma privada.

En mayo de 1974, antes de emprender viaje a América, el Padre estuvo en Madrid unos días. Durante ellos, con el objetivo fundamental de hacer ejercicio como le habían recomendado los médicos, vino tres veces a Retamar, para pasear por el porche cubierto que hay junto a los comedores del Colegio.

En los tres días hizo el mismo itinerario: llegaba al Colegio sobre las seis de la tarde,

por la entrada de coches de la residencia, y por la escalera interior, desde el garaje, ascendía hasta el vestíbulo de la misma.

La capacidad de observación de Ignacio nos permite hoy revivir, en su relato, aquellas visitas que se han convertido también, por derecho propio, en una parte entrañable de la historia del Colegio.

Nunca se detuvo en este itinerario, pero creo recordar –cuenta Ignacio– que se fijó en los cuadros que adornan la escalera y comentó que estaban puestos con mucho gusto. También comentó algo del pequeño cuadro de luces que servía para indicar la presencia o ausencia de alguien en la casa.



En el Colegio Senara, durante una tertulia en octubre de 1972

Le dijimos que lo había construido Paco Monzó y creo que le explicamos algo su funcionamiento. De todas maneras, la subida de las escaleras era muy rápida y enseguida salía a pasear por la terraza.

Nosotros nos quedábamos en la residencia mientras él paseaba con los que venían acompañándole durante media hora aproximadamente. Estaban preparadas unas sillas del antiguo Salón de Actos por si querían sentarse, pero nunca las utilizó.

Un día se fijó mientras paseaba en que la imagen de la Virgen (la escultura de piedra que está en el jardín) no tenía corona y recordó que debía llevarla. Quería honrar así a Nuestra Señora. Al día siguiente se la pusimos.

De nuevo el amable consejo, el comentario preciso. En sus palabras no hay

ánimo de sacar faltas, sino de ayuda, de recomendación de un padre hacia sus hijos en el transcurso de un día familiar. Esta sensación se incrementa en el tercer día de visita, tal y como nos relata Ignacio.

El tercer día que vino –era el 20 de mayo– todo comenzó igual, y los de la casa nos quedamos según costumbre en la residencia. Sin embargo, al minuto de haber comenzado el Padre su paseo, llegó a la residencia D. Florencio diciéndonos que el Padre nos invitaba a acompañarle. En el vestíbulo estábamos tres, D. Federico Delclaux, Juan Antonio García Novo y yo, y fuimos hacia allá verdaderamente contentos. Nos unimos al Padre y juntos comenzamos a caminar por la terraza. Detrás quedaron D. Álvaro, D. Javier, D. Florencio, D. Rafael Caamaño, D. César Ortiz-Echagüe y no sé si algún otro, que formaron otro grupo.

Era la primera vez que estaba con el Padre «en familia», por decirlo de algún modo, pues aunque en otras ocasiones había estado con él, en grupos reducidos y manteniendo siempre el aire familiar, en este caso lo apreciaba de modo especial: un padre está paseando con sus hijos, sin ningún motivo especial, simplemente paseando. Más de una vez he repetido luego que tenía la sensación de que el Padre me conocía personalmente de toda la vida, que en aquel momento podía hablar en confianza con él, y que conectaría enseguida con las preocupaciones que le expusiera, como si las hubiéramos tratado la semana anterior, y que además, los consejos que me diera darían totalmente en el clavo.

Comenzamos a hablarle del Colegio, de la labor que allí se hacía. En un momento determinado cruzó –un poco lejos– por

delante de nosotros un empleado y le comentamos al Padre que era Supernumerario. Tomando pie de este comentario, nos dijo con fuerza que todos en el Opus Dei tenemos la misma vocación, que no hay distintas vocaciones en la Obra, y que en concreto la suya (la del Padre) era la misma que la de una empleada del hogar.

Más adelante nos animó a escribir libros de texto, de enseñanza, *«primero porque sabéis hacerlo, también porque es muy necesario en cualquier rama del saber, y porque podéis sacar un dinero, que es otra razón»*.

En ese momento recordé aquel punto de Camino: *«Libros. –Extendí la mano como un pobrecito de Cristo, y pedí libros. ¡Libros!, que son alimento, para la inteligencia católica, apostólica y romana de muchos jóvenes universitarios.*

– Extendí la mano como un pobrecito de Cristo... ¡y me llevé cada chasco!

–¿Por qué no entienden, Jesús, la honda caridad cristiana de esa limosna, más eficaz que dar pan de buen trigo?» (Camino 467)

El Padre está hablando con profesionales de la educación y la enseñanza y por ello sus consejos son los adecuados a esta importantísima labor. Lo hace desde

dentro, involucrándose en las labores que realizan sus hijos, de manera tan personal que todos sienten la fuerza de su apoyo.

Refiriéndose al latín habló de que debíamos enseñarlo muy bien y cuidar que no se perdiese, porque era la lengua universal de la Iglesia, además de asegurar un acceso importante a los bienes de la cultura. Dijo que él había sido un estudiante normal, tenía matrículas en algunas asignaturas, pero también tenía aprobados –alguno en latín–, porque mientras estudiaba el Bachillerato pensaba que el latín era para los curas y que no servía para nada más; luego había



Después de una tertulia en Sao Paulo, en mayo de 1974

descubierto que no era así y que su estudio tenía un enorme valor. Comentó muy contento: *«Estamos haciendo en el Japón un método de aprendizaje del latín muy bueno, para que pueda estudiarse como si fuera una lengua viva. Ya os llegará»*. Recuerdo perfectamente que usó el plural: *“estamos”*; y apreció que el Padre sentía muy próximas y muy dentro todas las obras



En 1974, presidiendo, como Rector Magnífico de la Universidad de Navarra, la entrega de doctorados *Honoris Causa*.

corporativas y sus actividades. Esto me ha servido mucho para orientar después mi trabajo en Retamar.

Al hablar de algunos padres del Colegio que venían por el Centro a recibir medios de formación, citamos a José Ramón Herre-ro. Con este motivo comenzó a hablarnos del padre de José Ramón, a quien conocía mucho. Nos dijo que durante la guerra, él se había escondido en la casa de ese señor, entre otros sitios, y que le estaba muy agradecido. **«Luego –continuó– estuve escondido en un manicomio donde me tenía que hacer pasar por loco; allí había algunos locos de verdad y otros que no lo éramos que estábamos escondidos. Hubo un momento en que una enfermera empezó a desconfiar de que estuviese loco, y le dije un día: ‘soy el doctor Marañón’, me miró con unos ojos muy abiertos y ya no dudó más, incluso me tenía un poco de miedo».**

Desde donde estábamos paseando, la terraza de los comedores, hay una vista muy buena de Madrid. El Padre se paró mirando hacia allí y dijo: **«Aquí todas las noches había fusilamientos, se oían perfectamente los disparos de madrugada desde el manicomio donde estaba, y un pobre hombre, enfermo de verdad, gritaba: ‘¿oís el fuego del averno?’ Este mismo, en alguna visita que hacían las patrullas de milicianos al manicomio, le cogió un arma a uno y le preguntó si se trataba de un instrumento de cuerda o de viento».**

Al mirar Madrid, a la mente del Padre acuden multitud de recuerdos. La relativa proximidad de la Casa de Campo y los edificios de la Ciudad Universitaria le lleva a relatar pormenores y anécdotas que seguramente hacía años que no contaba.

Lo estábamos pasando muy bien. La conversación, llevada totalmente por el Padre, era muy amena, muy confiada –repito, como la de un padre con sus hijos– muy sencilla; a la vez aprecié el gran sentido sobrenatural de toda ella. A lo largo de la misma me dije varias veces: “estás junto a un hombre que está muy cerca de Dios”; realmente, en ese momento, yo me encontraba también muy cerca de Dios; era como si fuese contagioso. Al tiempo veía lo enormemente humano que era el Padre, con los pies muy en el suelo, en la realidad; le importaban todas las cosas por insignificantes que fueran, para hacer luego algún comentario por el que se translucía que las entendía en la presencia de Dios.

Le dije que mi hermano José Luis, sacerdote, que estaba entonces en Córdoba, me había contado que le pidió a un Cooperador de la Obra quinientas pesetas, se las gastó en rosarios y a cada uno de los chicos jóvenes que iban a confesarse o a

charlar con él les regalaba un rosario para que lo rezaran más a menudo y mejor. El Padre comentó que le gustaba la intención, pero que había que vivir “el apostolado de no dar” y que era preferible que cada chico pagase su rosario: así lo valoraría más y le tendría más cariño.

Nos dijo que el Colegio era estupendo, que en su tiempo no había colegios así y que los alumnos tenía mucha suerte. Nos dijo también que la entrada de la Residencia era muy agradable y que estaba bien cuidada. A don Federico le comentó que le había gustado mucho el libro de miniaturas de la Santísima Virgen que había publicado.

No recuerdo otros temas y para escribir éstos me he ayudado de un guión que confeccioné cuando se marchó el Padre.

Habían transcurrido cuarenta minutos cuando se acercó D. Javier para indicarle que ya era la hora de regresar. Nos reunimos

los dos grupos que estábamos paseando y hablamos unos momentos –recuerdo que muy agradablemente– antes de dirigirnos a la Residencia. Allí, siguiendo el camino habitual, bajó las escaleras interiores para llegar al garaje, donde se fueron despidiendo los demás que vivían en la Residencia. Ya sentado en el coche y casi en marcha, bajó la ventanilla y nos pidió que rezáramos por él, lo que le prometimos todos.

Cuando quedé solo, me sentí lleno de una alegría increíble, como mareado. Le di muchas gracias a Dios por haber tenido esta oportunidad. Luego pensé que en realidad el descanso del Padre había sido cuarenta minutos en los que estuvo manteniendo casi por completo la conversación, y desde luego haciéndonos pasar un rato gratis; entendí cómo vivía el Padre personalmente lo que tantas veces nos ha dicho de preocuparnos unos por otros, de querernos mucho, de incluso fastidiarse a gusto para que los demás pasen un rato agradable.

Altoclaro, Caracas, 1975



Respuestas siempre viejas y siempre nuevas

El tema de la educación, en su doble faceta familiar y escolar, fue reiteradamente abordado por el Beato Josemaría en diferentes lugares y ocasiones. Recogemos aquí una selección de respuestas a preguntas realizadas por padres y profesores preocupados por su labor educativa, que completan las reseñadas en las páginas anteriores.

–Desde el primer momento, los hijos son testigos inexorables de la vida de sus padres. No os dais cuenta, pero lo juzgan todo, y a veces os juzgan mal. De manera que las cosas que suceden en el hogar influyen para bien o para mal en vuestras criaturas. Procurad darles buen ejemplo, procurad no esconder vuestra piedad, procurad ser limpios en vuestra conducta: entonces aprenderán, y serán la corona de vuestra madurez y de vuestra vejez. Sois para ellos como un libro abierto.

Por eso, debéis tener vida interior, luchar por ser buenos cristianos. Si no, es inútil la labor que pretendéis hacer con vues-

tros hijos o con los hijos de otros amigos vuestros. Pozoalbero (Jerez de la Frontera), 12–XI–1972.

CARIÑO Y FORTALEZA

–En la formación de los hijos, ¿cómo compaginar la fortaleza con el cariño?

–Las madres sois pedagogas por naturaleza. Además, no olvidéis que tenéis gracia de estado. Pero las madres debéis ejercitar la pedagogía, primero, con los maridos. Porque ellos son unos tranquilos –¡no nos oyen !–, y os abandonan a los hijos a vosotras, como si los hijos no fueran un

negocio. Ellos se van a sus cosas; vosotras quedáis en la casa la mayor parte de las veces. Y los chicos, ¿que los eduquéis vosotras! ¡No, señor: entre los dos!...

De esa manera cambiáis impresiones, rezáis por ellos, estudiáis su carácter, les dais una buena manifestación de vida cristiana sin rarezas, sin beaterías, con vuestra vida de cristianos corrientes (...).

Y con respecto a los hijos, tú eres pedagoga, eres psicóloga; y tu marido, lo mismo. La pedagogía y la justicia de las madres consiste en tratar de manera desigual a los hijos desiguales. Si uno de tus hijos está malo, está enfermo, lo tratas con más cariño, con más mimo, mientras está enfermo. No le dejas, sin embargo, la psicosis de enfermo, porque no le conviene: si se pone mimoso, lo espabilas un poco... Total que me haces una pregunta y resulta que eres una gran maestra. Y tu marido será otro catedrático. Tabancura (Santiago de Chile), 5-VII-1974.

LOS PADRES SON LO PRIMERO

–En el Colegio hay tres cosas importantes: lo primero, los padres; lo segundo, el profesorado; lo tercero, los alumnos. Vuestros hijos –no os ofendáis– están en tercer lugar. De esta manera marcharán bien.

Luego los papás que no venís al Colegio a tratar con los profesores, no cumplís vuestro deber. Los que no ponéis el hombro, no cumplís vuestro deber.

El primer negocio es que vuestros hijos salgan como deseáis; por lo menos tan buenos y, si es posible, mejor que vosotros. Por tanto, ¡insisto!: esta clase de Colegios, promovidos por los padres de familia, tienen



interés, en primer término, para los padres de familia; luego, para el profesorado, y después para los estudiantes. Y me diréis: ¿este trabajo será útil? Lo estáis viendo: cada uno tiene experiencia personal, a través de la de sus hijos. Si no van mejor, es por culpa vuestra: porque no rezáis y porque no venís por aquí.

Vuestra labor es muy interesante, y vuestros negocios no se resentirán por esta dedicación que os pide el Colegio. Con palabras del Espíritu Santo, os digo: “electi mei non laborabunt frustra”. Os ha elegido el Señor, para esta labor que se hace en provecho de vuestros hijos, de las inteligencias de vuestros hijos, del carácter de vuestros hijos; porque aquí no sólo se enseña, sino que se educa, y los profesores participan de los derechos y deberes del padre y de la

madre. Lo mismo ocurre con tantos Colegios semejantes a éste, que hay en todo el mundo. Viaró (Barcelona), 21-XI-1972.

HABLAR CARA A CARA

–¿Qué debemos hacer cuando no nos gusta algún plan del Colegio, nos choca un detalle, algo no nos convence?

–Debes decirlo al director con toda naturalidad, sabiendo que no se trata de hacer una protesta, que es fácil, sino de colaborar, porque vosotros sois la parte principal del Colegio. Luego, no pienses –porque eres un hombre razonable– que lo que tú digas es inapelable y seguro. Podrá serlo en un momento dado; entonces te harán mucho caso, y colaborarás en la marcha del Colegio. Pero también puede suceder que estés equivocado, y entonces no te harán caso. No te preocupes: también yo me he equivocado muchas veces... ¿De acuerdo?

De modo que, en lugar de decir al oído de éste o del otro las cosas que no gustan, se pide hora, se va derechamente al director, y se explica claramente: vengo a decir esto. ¡Si todos sois amigos y vais a lo mismo!: a preparar a vuestros hijos para que sean buenos cristianos el día de mañana, amantes de la libertad y de la responsabilidad personal. Viaró (Barcelona), 21-XI-1972.

PRIMERO, LA SINCERIDAD

–Padre, ¿qué virtud hemos de enseñar primero a los chicos?

–La sinceridad. Una criatura que desde pequeña acostumbra a soltar el sapo que tiene dentro, y en la cara del profesor, a

solas, se entiende, es una criatura maravillosa. Hay que inculcarles la sinceridad (...), y para eso, debéis ser vosotros muy sinceros. Enseñad a los niños a acudir al confesor. Pero yo les aconsejaría, además, que hablen con el preceptor, que guarda silencio profesional y puede ayudarles de muchas maneras: espirituales, psicológicas, materiales... Viaró (Barcelona), 21-XI-1972.

LA TAREA DEL PROFESOR

–¿Podría darnos un criterio claro para los que nos dedicamos a la enseñanza?

–Primeramente te recordaré que eres un profesor cristiano. Parte de tu vida interior tiene que ser el rezar por los alumnos, y por sus padres, que son aún más interesantes. ¿De acuerdo?

Después, prepara bien tus clases, y sé leal con tus alumnos, de manera que ellos, poco a poco, vayan siendo amigos tuyos.

Por fin, no te distancies de los chicos. Procura salir a su encuentro, a mitad de camino, para que ellos recorran voluntariamente la otra mitad. Así los irás conociendo muy bien. Lo demás te lo contará la mamá, que viene por aquí, o el papá, que vendrá también. Viaró (Barcelona), 21-XI-1972.

LAS VIRTUDES DEL PROFESOR

–Padre, entre las condiciones que ha de reunir un profesor, ¿qué virtudes considera más importantes, humana y sobrenaturalmente?

–Necesitas todas, pero sobre todo manifestar a los chicos una lealtad muy grande. Que vean que les queréis, que os



sacrificáis, que tenéis la suficiente ciencia y que sabéis comunicársela con gracia, con luz, con don de lenguas, de modo que os entiendan. No puedes exigir lo que tú no tienes. Procura poseerlo, y luego exige.
Gaztelueta (Bilbao), 12-X-1972.

EL CACHETE NO ES PEDAGÓGICO

—Creedme: el problema de la libertad depende mucho de los padres. Podría contaros de algunas madres que ¡dan cada revés!... y así, no hacen nada, no logran nada. Es mejor ser comprensivos, aunque no tanto que los chicos hagan lo que les dé la gana. Os contaré lo que hacía una madre, con un hijo que era muy pesado para comer: ¿no quieres eso? Pues no lo comas. Intervenía otra persona: quizá le podrían hacer... ¡No se le hace nada especial —contestaba la madre—, ya comerá del otro plato! Ese niño no comió pimientos, porque era tonto, hasta los catorce años;

se le metió en la cabeza que aquello no le gustaba, ¡y vaya si le gustaban!: en cuanto los comió...

Os insisto: tratadles con cariño, con mucho cariño: no resolvéis nada con un par de cachetes. Hay que explicarles las cosas pedagógicamente, con pedagogía cristiana, para que las comprendan desde pequeñitos, poco a poco. Belagua (Pamplona), 8-X-1972.

HE MATADO TODAS LAS CIGÜEÑAS

—¿Y cuando los niños crecen, y comienzan a abrir los ojos a la vida?

—Papá tiene que hacerse amigo de los hijos. No tiene más remedio que esforzarse en esto, porque llega un momento en que los niños, si papá no les ha hablado, van con curiosidad —de una parte razonable y de otra malsana— a preguntar cuáles son



los orígenes de la vida. Se lo preguntan a un amigote sinvergüenza, y entonces miran con asco a sus padres.

En cambio, si tú —porque lo has seguido desde niño y ves que es el momento— le dices noblemente, después de invocar al Señor, cuál es el origen de la vida, el niño irá a abrazar a mamá porque ha sido tan buena, y a ti te dará unos besos con toda su alma y dirá: ¡qué bueno es Dios!, que se ha servido de mis padres, dejándoles una participación en su poder creador. No lo dirá así la criatura, porque no sabe; pero lo sentirá. Y pensará que vuestro amor no es una cosa torpe, sino una cosa santa. Enxomil (Oporto), 31-X-1972.

—A las niñas debéis hablarles las madres terminantemente, con claridad; si no, irán a una amiga desvergonzada y desde aquel momento —lo repito— os mirarán con asco. No les mintáis: yo he

matado todas las cigüeñas. Decidles que Dios se ha servido de vosotros para que ellos vinieran a la tierra, que son el fruto de vuestro amor, de vuestra entrega, de vuestros sacrificios...

Para eso habéis de hacerlos amigos de los hijos, darles pie para que hablen de sus cosas confiadamente. ¿Me entendéis? Las almas de vuestros chiquillos son lo primero; después viene todo lo demás. No os riño, hijos míos que no cuidáis de vuestros hijos como debierais, pero ¡ojalá vuestras mujeres no os dejen vivir desde ahora! Brafa (Barcelona), 22-XI-1972.

DAR CONFIANZA A LOS HIJOS

—Padre, usted ha hablado muchas veces de la libertad, y nosotros queremos educar a nuestros hijos en la libertad. Pero, ¿cómo podemos unirla a la autoridad?

—Enseñándoles, con la libertad, la responsabilidad: dándoles confianza. Mi experiencia es muy grande. Directa, en primer lugar; y después a través de mis hijos de todo el mundo, de todas las razas, de todas las lenguas. Recuerdo que a la gente joven que venía a mi lado en los primeros años de la Obra, chicotes de dieciséis, dieciocho, diecinueve años, les decía: creo lo que cada uno de vosotros me diga, aunque cien notarios unánimemente afirmen lo contrario. ¿Qué pasaba?: que de cien me engañaba uno. Los otros noventa y nueve se sentían... leales.

Haz eso con tus hijos. No te des por enterado, si te engañan alguna vez. Compréndelos, discúlpalos: ¿acaso tú y yo no hemos hecho lo mismo con Nuestro Señor, y hemos vuelto? Que se den cuenta de que eres el mejor amigo, de que nadie

les quiere tanto como su padre y como su madre. Verás cómo los chicos están orgullosos de esto. Pero no pretendas que sean santos de pies a cabeza. Santos en la tierra no hay ninguno: los ponen en los altares después de muertos, y han tenido ocasión de irse al infierno hasta... hasta un segundo antes de morir. ¿Está esto claro? El Prado (Madrid), 18-X-1972.

CONTAGIAR LA ALEGRÍA

—¿Cómo contagiar la alegría a mis hijos?

—La alegría es un tesoro divino, que especialmente el Señor nos da en el Opus Dei. Cada día repetimos: “gaudium cum pace”, alegría con paz. Dos cosas inefables, que no se pueden expresar con palabras, y que todo el mundo ansía y no tiene por ahí. No las tienen porque no luchan, porque no intentan vencerse, porque son derrotados, porque no tienen vida interior.

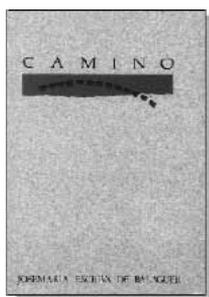
Tú tienes vida interior. Tienes alegría y paz, y la quieres dar, porque la has saboreado. Sabes que es muy bueno estar con el alma en gracia. Eso lo sabes tú pegar. ¡Son unos microbios muy activos! Habla noblemente con tus hijos, no te separes de ellos, míralos crecer con cariño, ve soltándoles la cuerda poco a poco, porque necesitan su libertad y su personalidad.

Pero no los sueltes del todo y, sobre todo, no les des mucho dinero: ¡que se lo ganen! Porque tú les darás dinero por un lado, papá por el otro, la abuelita por el otro... ¡Qué desastre!

Y entonces no perderán la alegría. Si tú, con picardía, los tienes amablemente sujetos, pero libres; si tú les hablas como una amiga, a la vez que como una madre, tus hijos eternizarán la alegría que tú tienes, en sus corazones, y en los hijos suyos, y en los hijos de sus hijos. Centro de Estudios (São Paulo), 25-V-1974.



Escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer



Camino

«Mons. Escrivá ha escrito algo más que una obra maestra: escribió sacando inspiración de su propio corazón, y al corazón llegan también los breves párrafos que forman el CAMINO...» (L'Osservatore Romano, 24-III-1950). La primera edición de este libro es de 1934, con el título de *Consideraciones espirituales*. Hoy son ya 324 ediciones, en 42 idiomas, y 4.132.000 ejemplares.



Surco

«Al igual que Camino (...), Surco es fruto de la vida interior y de la experiencia de almas de Mons. Escrivá» (del prólogo de Mons. Alvaro del Portillo). La primera edición es de 1986. Se han hecho 64 ediciones, en 18 idiomas, y 422.000 ejemplares.

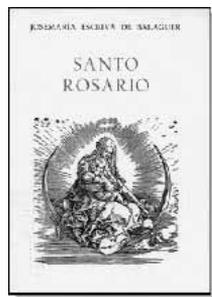
Forja

Forja, «es un libro de fuego, cuya lectura y meditación puede meter a muchas almas en la fragua del Amor divino, y encenderlas en afanes de santidad y apostolado, porque éste era el deseo de Mons. Escrivá» (del prólogo de Mons. Alvaro del Portillo). La primera edición es de 1987. Se han hecho 39 ediciones, en 10 idiomas, y 442.000 ejemplares.



Santo Rosario

Libro de meditaciones sobre cada uno de los quince misterios de la vida de Cristo que se contemplan al rezar el Santo Rosario. La primera edición es de 1934. Desde entonces han aparecido 119 ediciones, en 22 idiomas, y 682.000 ejemplares.



Via Crucis

Obra de Mons. Escrivá, fruto de su contemplación de las escenas de la Pasión del Señor. La primera edición es de 1981. Se han hecho 68 ediciones, en 16 idiomas, y 381.000 ejemplares.



Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer

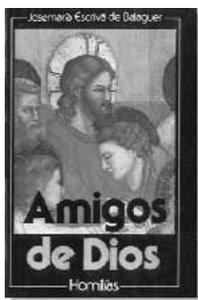
Colección de entrevistas en las que el Beato Josemaría contesta por escrito a las preguntas formuladas por varios periódicos y revistas de diferentes países. Al final del volumen se incluye la homilía «Amar al mundo apasionadamente», pronunciada en 1967. La primera edición es de 1968. Se han publicado 54 ediciones, en 9 idiomas, con un total de 329.490 ejemplares.





Es Cristo que pasa

El libro recoge 18 homilías que ofrecen una profunda y sugestiva exposición de la doctrina y vida cristiana. Prólogo de Mons. Alvaro del Portillo. La primera edición es de 1973. Han aparecido ya 86 ediciones, en 13 idiomas, y 465.000 ejemplares.

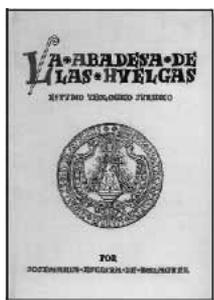


Amigos de Dios

Recopilación de otras tantas homilías, en las que el autor toma las virtudes cristianas como hilo conductor de su entrañable coloquio filial con Dios. Prólogo de Mons. Alvaro del Portillo. Fue publicado en 1977 y actualmente cuenta con 73 ediciones, en 12 idiomas, y 383.000 ejemplares.

Amar a la Iglesia

Colección de homilías sobre la misión sobrenatural de la Iglesia, el sacerdocio y la fidelidad del cristiano a la Esposa de Cristo. La primera edición es de 1986. Se han hecho 13 ediciones, en 8 idiomas, y 41.000 ejemplares.

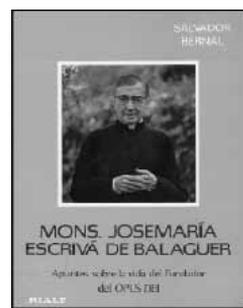


La Abadesa de las Huelgas

Penetrante estudio teológico-jurídico, a partir de las fuentes y documentos originales, sobre el caso extraordinario de jurisdicción cuasiepiscopal por parte de la abadesa del famoso monasterio burgalés. La primera edición se publicó en 1944. La segunda es de 1974. Y se ha publicado una tercera en 1988.

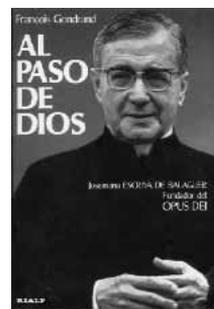
Biografías del Beato Josemaría

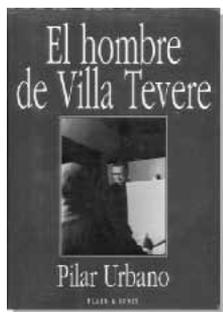
Peter Berglar, «*Opus Dei. Leben und Werk des Gründers Josemaría Escrivá*». Otto Muller, Salzburg 1983. Traducido al italiano (Rusconi, Milano 1987), español (Rialp, Madrid 1988), inglés (Scepter, Princeton 1994) y francés (Mame, París 1992).



Salvador Bernal, «*Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*». Rialp, Madrid 1976. Traducido al inglés (Scepter, London 1977), italiano (Ares, Milano 1977), portugués (Prumo-Aster, Lisboa 1978), francés (Sos, Paris 1978), alemán (Adamas, Köln 1978), neerlandés (De Boog, Bruxelles 1982), japonés (Seido, Ashiya 1985) y polaco (Ksiegarnia Swietego Jacka, Katowice 1991).

Cesare Cavalleri & Alvaro del Portillo. «*Intervista sul Fondatore dell'Opus Dei*». Ares, Milano 1992. Traducido al castellano (Rialp, Madrid 1993), al francés (Le Laurier, Paris 1993), portugués (Quadrante, Sao Paulo 1994), al catalán (El Drac, Barcelona 1993), al inglés (Scepter, Princeton 1996) y al alemán (Adamas, Köln 1996).





François Gondrand, «*Au pas de Dieu. Josemaría Escrivá de Balaguer, fondateur de l'Opus Dei*», France-Empire, Paris 1982. Traducido al castellano (Rialp, Madrid 1984), inglés (Scepter, London 1989) e italiano (Città Nuova, Roma 1986).

Pilar Urbano, «*El hombre de Villa Tevere*», Plaza & Janés, Barcelona 1995. Traducido al italiano (Mondadori, Milano 1996) y al portugués (Quadrante, Sao Paulo 1996).

Miguel Ángel Cárceles e Isabel Torra, «*Historia de un sí. Vida del Beato Josemaría*», Rialp Junior, Madrid 1993. Traducido al portugués (Prumo-Rei dos Livros, Lisboa 1993), al inglés (Sinagala, Manila 1994), al catalán (El Drac, Barcelona 1993) y al chino (Hong Kong, 1998).



José Miguel Cejas, «*Vida del Beato Josemaría*», Rialp, Madrid 1992. Traducido al catalán (El Drac, Barcelona 1992) y al euskera (Gaztelueta, Getxo 1993).

Antonio Ducay Vela, «*Josemaría. Una novela de heroísmos y de sacrificios*», Tercer Milenio, Lima 1996.

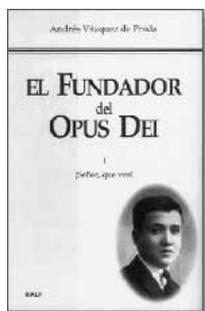


Dennis Helming, «*Footprints in the snow*», Scepter, New York 1986. Traducido al castellano (Palabra, Madrid 1987), italiano (Ares, Milano 1990), alemán (EOS, St. Ottilien 1991), francés (Le Laurier, Paris 1991), portugués (Prumo-Rei dos Livros-Quadrante, Lisboa-Sao Paulo 1990) y al neerlandés (De Boog, Bruxelles 1992).

Ana Sastre, «*Tiempo de caminar*», Rialp, Madrid 1989. Traducido al portugués (Diel, Lisboa 1994)

Claudio Sorgi, «*Il Padre. Josemaría Escrivá de Balaguer*», Piemme, Casale Monferrato 1992.

Andrés Vázquez de Prada, «*El Fundador del Opus Dei*». Rialp, Madrid 1997.



Jose Luis Soria, «*Maestro de buen humor*», Rialp, Madrid 1994 (3ª edición).

